



A. R. Cid

*Un corazón
que*
Prevalece

Un corazón
que
Prevalece

A. R. Cid

Título: Un corazón que prevalece

© 2019 por A. R. Cid

Diseño de cubierta: A. R. Cid

Editor: José Antonio Lamas Iglesias

Todos los derechos reservados.

Si quieres leer mis libros están a buen precio y escribirlos ha llevado trabajo, valóralo...

Este relato va dedicado a todos los amores que no han podido llegar a vivir...

Espero que os guste.

Índice

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

Prólogo

Caminé por aquella inmensa mansión con la sensación de estar pisando un lugar mágico. Un lugar repleto de historia, secretos y fantasmas. Recorrí las habitaciones acariciando las paredes, cubiertas de polvo, con mimo, dejando que mi mente fantasiosa imaginase lo que había podido pasar.

Las manchas de humo aún ascendían por ciertos lugares, el olor aún permanecía después de tantos años en los muebles, y sin embargo era un lugar hermoso y tenebroso al mismo tiempo.

- ¿Por qué ésta? – La voz de mi marido hizo que me estremeciera de pies a cabeza. ¿Por qué no? Sin embargo, después de dos años viendo auténticas obras de arte arquitectónicas me había decidido, según él, por la más maltratada, pero en ella yo veía mucho más.

- Por los secretos. – Dije sin más. Por su cara supe que, de nuevo, no tenía ni idea de a qué me refería, pero lo dejó correr como siempre, más que acostumbrado a mis rarezas. Es lo que tiene convivir veintidós años con una persona, sabe cuándo es mejor callar.

Dejé que mis pies me guiaran por aquel lugar y sonreí ante el retrato de un duque antiguo del que no conocía ni el nombre. Se veía imponente, probablemente aquel hombre canoso y con exceso de carne había dominado y decidido sobre muchas vidas. Ahora no era más que pasado, un pasado por el que quizás nadie volviera a preocuparse nunca.

Seguí diez minutos más hasta que llegué hasta aquel tocador victoriano. Era hermoso, en cuanto lo vi supe que tenía que ser mío y fue una condición indispensable en la compra. Al fin podía tocarlo sabiendo que me pertenecía y eso me hacía sentir pletórica.

Abrí uno de los cajoncillos, como buena historiadora que era conocía la existencia de aquel pequeño lugar secreto, y olisqueé el montoncito de cartas. Todavía no las había leído todas, pero una fue suficiente para que la curiosidad y la necesidad anidasen en mi pecho. En ellas se hablaba de lo que más muertes había provocado a lo largo de la historia, el amor.

En cierta manera el amor que había en mi matrimonio había dejado atrás,

hacía mucho tiempo, las sensaciones intensas que en aquellas pocas palabras se describían, incluso cuando hablaban de un simple beso sentías que te revolvían por dentro.

Suspiré melancólica, imaginándome a mí misma allí décadas antes. Por muy triste que pareciera había algo hermoso en los amores que no habían llegado a culminarse o que habían pasado por dificultades.

- Cariño, ¿seguro que quieres quedarte sola? Aún tardaré unas horas en volver. – Asentí sin escucharlo realmente. Lo cierto es que ya ni lo veía. Aquella letra curvada era una obra de arte en sí misma.

- No te preocupes, no estaré sola. – De nuevo guardó silencio. Lo vi fruncir los labios en desacuerdo, pero claudicó y se alejó tras depositar un suave beso en mi frente. Algo en mi pecho se revolvió ante un contacto tan nimio, tan nuestro.

- Si pasa cualquier cosa llámame. – Dijo él. Yo asentí tocándome el pecho sin darme cuenta de ello. Un gesto involuntario que decía mucho más de lo que parecía.

- No te preocupes. Estaré aquí cuando vuelvas.

Capítulo 1

Tras sentarme sobre la cama de dosel desvencijada dejé las cartas a mi alrededor y las fui examinando una a una. Eran dos años de correspondencia hasta que se detenía por una de las partes. Las ordené con cuidado, tratando de no dañar el papel, y suspiré ansiosa al tenerlas listas.

Las leí en alto, aquella mansión vacía fue el único testigo de lo que se convertiría en la historia de amor más bonita que leí jamás, y fue en aquella mansión donde mi corazón se fragmentó en mil pedazos.

Sin embargo, en aquel momento mi mente viajó a la época victoriana. Una época llena de normas, rígidos prejuicios y amores secretos. Podía incluso sentir el aire de aquella soleada mañana en mi rostro, mi sonrisa se ensanchó a medida que mis ojos corrían apresurados por aquellas cortas y cuidadas líneas...

15 de septiembre 1852, Londres

Querido Chester,

Perdone mi osadía por enviarle esta misiva, pero no he podido evitarlo. Nuestra conversación de la última noche me tiene intranquila y es posible que no pueda acudir a nuestra cita del jueves próximo. Espero disculpe mi falta.

En el transcurso de la noche me preguntó hasta qué punto nuestros labios al unirse influyeron en mi devenir y debo concederle cierto mérito, si bien hoy me he levantado completamente repuesta, temo que alguien descubra aquel leve contacto y por ello he de tomarme esta extraña amistad con cautela. No niego que en mi pecho anidaron mariposas cuando me rodeó con sus brazos y me sentí por primera vez tan protegida, sin embargo, pronto asaltó esta confianza y no estoy completamente segura de sí estoy conforme con este avance tan poco caballeroso. Ha de estar muy convencido de sus malas artes para presuponer que volvería a desear tan indecoroso contacto.

Aún ahora temo ser descubierta, que alguien abra la puerta de mi alcoba

y me señale. Mi padre estaría más que dispuesto con desposarme si supiera lo ocurrido y, por muy malas artes que haya usado para robarme aquel beso traicionero, espero que entienda que no está en mis deseos pasar una vida a su lado. Su conversación deja mucho que desear y no creo que pudiera convivir con un dolor de estómago constante.

Le saludo con cariño y le reitero mi intención de evitar por el momento esas citas que usted parece tratar de imponerme. Supongo que no estará acostumbrado a recibir una negativa, tal vez era el momento de que descubriera que no es tan infalible como parece creer, pero si así fuera, no tiene usted la única receta que puede funcionar con el mal que a mí me achaca.

*Atentamente,
Brianna.*

El sol entraba a raudales por el ventanal del fondo y yo suspiré con una sonrisa en la cara. Quizás eran los años, el haber vivido en el pasado un amor de los que te hacen puré las tripas, esos recuerdos que se gravan a fuego en tu cerebro y que siempre añorarás, pero comprendía perfectamente a Brianna. Aquellas cartas habrían sido releídas hasta la saciedad, las marcas así lo indicaban.

En aquel dormitorio, que incluso ahora mostraba poderío económico, había vivido una joven tierna, una joven que no había podido reprimir el impulso de acercarse a la llama que probablemente la consumiría.

Dejé con cuidado esa carta a un lado y recogí la segunda. La letra era masculina, no tan cuidada y costaba bastante más leerla, en ciertas zonas la tinta estaba corrida. Nunca me gustó presuponer, sin embargo, lo único que me venía a la mente eran lágrimas corriendo por aquel trozo desgastado de papel.

Por un momento sentí que estaba traicionando la intimidad de alguien, descubriendo secretos que en otro tiempo habrían causado grandes males. A nadie le gusta que lean su diario, el librito en el que sueltas lo que no te atreves a contarte ni a ti misma, como si plasmándolo allí pudieras dejarlo atrás. Una mentira más de todas las que nos contamos a lo largo de la vida.

Tomé aire, demasiado ansiosa para hacer un descanso. Mi salud, resentida

conmigo, reseco mis ojos, pero no era algo que fuera a detenerme por el momento.

Capítulo 2

24 de octubre, Londres

Querida Brianna,

Son quizás las mentiras mejor elaboradas del mundo. Si pretende hacerse la difícil al menos sea sincera con ambos, pero creo que nuestro encuentro “accidental” a la orilla del Támesis dejó al descubierto ciertas carencias, pero seré cortés por el momento. Aún me duelen los brazos de las marcas de sus uñas, quizás en el futuro debería aplacar ese sentir tan profundo y satisfactorio al mismo tiempo.

Yo seré sincero. Por mi parte el deseo por conocer su persona, perdone mi osadía, llega más allá de dos besos corteses. Perdone que me sea insuficiente aquel ínfimo contacto, aunque el sabor de sus labios es algo que me reconforta por las noches, anhelo más. Quiero perderme en sus ojos, deslizar sus bucles dorados por mis dedos y hacerla sonrojar. Puedo ser el hombre más convincente que ha conocido.

¿Decía usted que un hombre no sabe lo que una mujer necesita por carecer de los atributos adecuados? Quizás no es propio de un caballero decirle esto, como ambos sabemos no es esa la palabra que usaría para referirme a mi persona, pero bastantes damas podrían relatarle lo insufribles que son mis atenciones y lo mucho que desearían estar en su lugar.

Ya he tenido tiempo suficiente para recapacitar sobre su, más que inadecuada, pregunta. ¿Realmente quiere saber qué es lo más agradable que dos esposos comparten? El sentir de sus pieles desnudas. Es algo que yo pretendo, pero por el momento no está en mi intención conseguir madre para mis herederos.

Mi querida Brianna, si con sus brillantes ojos azules pretendía dejar mi rodilla pegada al suelo y tenerme recitando poemas en su nombre, siento desilusionarla. Hace mucho que comprendí lo que realmente deseo de una mujer, sea dama o compañía.

A pesar de todo la cito en el mismo lugar el lunes siguiente. La estaré esperando con ansia y preguntas inadecuadas, como en el fondo sé que le gusta.

Suyo,

Chester

Si alguien hubiera descubierto aquellas palabras habrían rodado cabezas, ahora era algo tierno e inocente. Suspiré llevada por los recuerdos y rememoré la primera vez que mi Francisco me había invitado a cenar. Incluso entonces supe que me pertenecería siempre, sin embargo, como todo tuvo su proceso.

La alianza de mi dedo era un recordatorio de nuestros besos apresurados e inseguros al principio y más largos y profundos con el paso de los años, para volver a suaves caricias.

Sabía lo que era besarlo, tenerlo tan cerca sobre la piel que sentías que necesitabas arrancarte la ropa a tiras y no pude evitar experimentar como mi cuerpo empezaba a despertar. Mi mente se transportaba a la de Brianna, como si nos uniéramos en una sola y aquellas sucias promesas fueran para mí.

Capítulo 3

30 de octubre, Londres

Mi querido Chester,

Si algo en mi le ha hecho pensar en sucios intercambios, le pido encarecidamente que se haga unos lavados. Quizás mi decoro y educación no me hayan permitido abofetearlo como se merecía, pero sentir sus manos por debajo de mi falda no es algo adecuado y espero que lo recuerde.

¿De verdad cree que mis ojos son los más hermosos que ha visto nunca? Lo cierto es que incluso teniendo que lidiar con sus malas costumbres no puedo evitar desear que llegue nuestro siguiente encuentro. Hay algo en su descaro, en su manera de mirarme, como si conociera mis secretos más profundos, que provoca algo en mi interior que no sabría explicarle.

El Támesis en esta época del año está hermoso, una belleza pura, virginal y sin embargo salvaje. A su lado pude recorrer las calles más sucias y, sin embargo, sentirme protegida. Me gustó ir sujeta de su brazo y la manera en la que me habría pasado con galantería, incluso juraría que se sintió celoso cuando aquel caballero preguntó mi nombre. Un nombre de reina, ¿no fue eso lo que dijo? Pensé en aquel instante que estaba a punto de perder el ojo derecho, sobre el izquierdo es mejor no especular.

Nuestros breves encuentros abren ante mí incógnitas que no sé si es adecuado que me formule, el tiempo de sentar la cabeza según mi padre ha llegado y temo que, a cada una de nuestras citas, el hecho de hallar esposo se me antoja más doloroso. Temo no ver en él la inteligencia que veo en sus tonterías y si, como bien le dije, no encuentro a un bufón y a un amigo en quien ha de compartir mi vida, ¿qué puedo esperar del futuro?

Mi madre no cesa en su empeño de repetir que soy demasiado soñadora, me dejo llevar por esas novelas cortas que tanto empeño tienen por censurar, palabras contenidas y tan liberadoras al mismo tiempo, pero empiezo a pensar que son sus atenciones, sus paseos inadecuados y sus preguntas impropias los que hacen que empiece a temer y a desear el futuro.

Espero perdone mis palabras.

Con cariño,

Brianna

Sonreí ante el descaro y la rebeldía que demostraba aquella muchacha. Es lo que tiene la adolescencia, las hormonas rebeldes enfrentándose a su manera a las normas impuestas.

Aquella enorme construcción, que ahora me pertenecía, había sido creada para aparentar, para demostrar poder e intimidar a los que osasen fijarse en la familia que albergaba. En aquellos tiempos el puritanismo hacía que las conversaciones evitasen los temas delicados, resguardando la mayor parte de ellos a la intimidad.

Algo ciertamente ridículo, ya que el ser humano no pierde su naturaleza por edulcorarla bajo capas y capas de formalismos.

La vibración de mi teléfono me avisó de un nuevo mensaje. No necesitaba mirar para saber de quién era, pero sonreí al leerlo.

Llegaré un poco más tarde de lo que pretendía. Si necesitas algo llámame. Cuídate y no hagas esfuerzos.

Le contesté con un escueto OK y me acerqué al ventanal donde aproveché para inspirar con fuerza. El jardín estaba lleno de malas plantas, árboles que crecían retorciéndose sobre sí mismos y flores blancas aquí y allá, tal vez fuera eso lo que lo hacía tan bonito.

Capítulo 4

No sé cuánto tiempo estuve en aquella posición, a mi edad el tiempo parece doblarse sobre sí mismo y perder totalmente el sentido. Unas nubes negras amenazaban con un aguacero de los lindos y la idea de la lluvia de fondo me agradó. Una pena por mi marido, pensé con cierta sonrisa malévola en el rostro.

Abrí otra carta más.

5 de noviembre 1852, Londres

Querida Brianna,

Es increíble lo que una serie de notas puede provocar en mí. El sonido de aquel compás envolviéndonos mientras danzábamos me retorció el corazón como a un niño. Jamás había visto en usted una sonrisa tan natural y nunca me había percatado de cuánto la necesitaba.

En aquel instante supe que usted, si usted, mi señora, es lo que necesito para sonreír yo también.

Quizás fue el saber que su padre ya tiene fecha para alejarla de mis brazos, sin embargo, temo el paso de los días, saber que cada vez es más complicado que pueda encontrarse conmigo... Perdone mi audacia, pero sabe que apenas puedo contenerme cuando de usted se trata.

Cuando la tuve entre mis brazos, aun sabiendo que los ojos de todos los presentes estaban en nosotros, nosotros... que hermoso suena, como si fuera posible un nosotros... pero yo jamás seré suficiente... tenerla entre mis brazos, danzando entre tantos otros... me sentí perdido y completo. ¿Cómo podré permitir que se aleje de mí si en lo único que pienso es en robarla? Es usted lo más hermoso que he visto nunca y sus palabras comedidas acerca de una despedida me destrozaron más que cualquier comentario mordaz por su parte. Llámeme truhan, descarado y bribón, pero dígame que volveremos a encontrarnos en el lugar de siempre, con la excusa de siempre y la necesidad que siento que anida en mi pecho cuando pienso en usted.

¡Cómo cambian las cosas a su lado! Antes la idea de verme atado a su

persona era un inconveniente posible y ahora es el más deseado.

No deje que los demás terminen lo que está floreciendo. Piense en aquel vals, en sus manos aferrándome y quemándome la piel. Sé que no es apropiado, sé que no debería decir ni pensar eso de su persona sabiendo que, como usted bien dice, es una mujer prometida, pero espero nunca llegue el día en que pierda su sonrisa.

Con amor,

Chester

Me habría gustado haber escuchado las conversaciones que habían tenido en persona, haber podido ver los encuentros furtivos y sentir, aunque fuera desde lejos, la pasión arrolladora que transmitían aquellas palabras. Una noticia como perderla y todo su mundo se desmorona. Algo totalmente comprensible, ¿quién no ha sentido la necesidad de estar a todas horas al lado de alguien? Aferrarse a su ropa y acompañarle allá a donde fuere.

Me levanté sintiendo como mis huesos se resentían. ¿Por qué a mi edad he comprado un lugar que a todas luces necesita tantas reformas?

Dejé las cartas a un lado y caminé dando un ligero paseo y aprovechando para estirar mis piernas.

Me volví a tocar el pecho, el tiempo era un digno adversario. La respuesta era más sencilla de lo que parecía, no quería pensar en que era posible que jamás terminara aquella reforma. Quería volver a darle brillo y devolverle toda su grandeza. Quería perderme en el pasado, quizás para olvidar mi presente, por mucho que a mi marido le doliera. En el fondo más me dolía a mí saber que iba a dejarlo solo. Jamás habíamos podido tener hijos.

Al pasar por la salita, a la que le faltaban todos los muebles, aproveché para inspeccionar los cuadros que todavía quedaban. Desgastados, necesitaban una buena restauración, pero todavía podía verse con claridad a las personas que, en aquellos vestidos sobrios y coloridos al mismo tiempo, habían posado durante horas.

Una mujer de cabellos dorados llamó mi atención y supe que era ella. Incluso tan descolorido, aquel lienzo mostraba una belleza deslumbrante y una tristeza profunda que apagaba el brillo de sus ojos. Era impresionante lo que un buen artista podía llegar a capturar con unas pinceladas.

Capítulo 5

15 de noviembre 1852, Londres

Mi querido Chester,

Ha llegado el invierno, puedo notarlo en la piel y en el alma. Siento que los pájaros han abandonado sus canciones y bailar ha perdido el sentido. Sé que dentro de unas semanas se alejará definitivamente de mí. Quizás es lo correcto, tal vez no es apropiado tenerlo a mi lado, sin embargo, eso no hace que mi corazón no sufra por la despedida. Espero que sea feliz, terminar nuestros encuentros es algo que no deseo, pero que debo hacer.

¿Recuerda aquella historia que le conté? El sentir de aquel pájaro soñador que no ha de medir sus palabras, ni sus sentimientos, que solo ha de abrir las alas y volar para alcanzar lo que desea. Ese pájaro cantará cuando lo consiga, quizás sufra en el camino, pero logrará encontrar la belleza en su corta vida porque luchará por lo que el realmente desea y no por lo que la sociedad le impone.

Mi padre dice que el anillo es hermoso. El duque no ha deparado en gastos y quiere demostrar su riqueza engalanándose como la mejor de sus propiedades. Temo que no encontraré en él el orador y el truhan que he aprendido a apreciar. Ahora un beso robado sería necesario para apagar el dolor que me impide respirar con la misma normalidad de siempre.

Mi madre por el contrario está feliz por la familia. Dice que se me pasará, que la apatía que me ha embargado es algo normal, nervios por el enlace, si supiera ella que es por el novio... temo que a partir de ahora revisen mi correspondencia y es por ellos que si en el futuro deseara comunicarse conmigo le ruego que use el número de ese pájaro que tanto envidio.

En unas semanas vestiré de novia, luciré como la mejor de las damas y prometeré amor cuando no sé lo que es y, si lo supiera, no sería por el adecuado. ¿Por qué mi pecho me ruega que rompa todo lo que sé que es correcto?

Sus palabras, sus besos y aquellas caricias han infectado mi alma como el peor de los venenos, carcomiendo poco a poco la poca cordura que todavía conservaba y ahora los necesito como respirar. Temo arrastrarme en mis pesadillas en busca de algo que no debe pasar y por ello ruego que sea usted el que se aleje de mí.

Atentamente,

Brianna

Y ahí estaba. El motivo detrás de aquella mirada triste del cuadro. Una unión más de dos personas en la que una de ellas sentía que estaban cerrando las cadenas sobre sus deseos. Algo tan bonito como un beso jamás pertenecería a quién ella realmente amaba.

Acaricié el sobre y volví a guardar la carta.

No podía parar, no en aquel momento.

Capítulo 6

20 de noviembre 1852, Londres

Querida Brianna,

Perdón por la premura de mis palabras, pero era mayor la necesidad que mi raciocinio. Verla en la orilla del Támesis acompañada y no poder hacer nada más que saludarla ha removido los cimientos de mi determinación en alejarme. Cierto que es lo correcto, ¿cuándo he hecho yo lo que se espera de alguien de mi posición? Aspiro al cielo, aspiro a poder compartir con usted mi vida, aunque fuera alejándonos de lo conocido y embarcando a tierras lejanas.

Dicen que tras el mar hay luz y belleza. Gente desprovista de normas y donde nuestros apellidos carecen de importancia. El oro será el único aliado que necesitaremos para embarcar en esta aventura y a su lado no necesito nada más.

No queda tiempo, veo como los días pasan y el enlace se anuncia como la mejor de las noticias. Ni siquiera puedo compartir con mis allegados el dolor que atenaza mi alma al saberla volando lejos de mis brazos sin que pueda atraparla y hacerla mía para siempre.

Nunca he sido sensato, pero prefiero arriesgar contra el viento que vivir sabiendo que nunca he intentado convencerla para surcar el mar y escapar de lo que nos define.

Suyo incluso cuando no debiera,

Chester.

Me tembló la mano derecha. El aire mecía con fuerza los árboles tras aquel enorme ventanal. Había estallado una tormenta tras aquellos muros, como si quisiera acompañar aquella historia que a pesar del tiempo removía mi pecho.

Dejé el trozo de papel desesperada y encontré el siguiente con las manos temblorosas. ¿Por qué algo tan común en aquella época me estremecía de aquella manera?

Capítulo 7

15 de diciembre 1852, Londres

Querido Chester,

Como ya sabrá, soy una mujer casada. Espero que comprenda mi necesidad por

pedirle que se aleje y no vuelva a comunicarse conmigo.

No abandone su empeño por ser feliz, luche con uñas y dientes, pero como comprenderá yo debo marcar la distancia y terminar con nuestra amistad.

Recuerde el vals del que una vez hablamos y busque a la mujer adecuada que sepa comprender sus deseos de manera que pueda lograr lo imposible y ser feliz como yo lo soy.

Abandonando lo que una vez creyó tal vez alejarse de mí es lo más correcto.

El martes debería tomar rumbo al extranjero, tal y como siempre deseó.

Atentamente,

Brianne.

Al principio me sorprendió la separación de las frases, hasta que comprendí lo evidente. En aquellas palabras había un mensaje oculto, como en aquella época siempre había algo bajo la superficie. Vino a mi mente el pájaro que siempre había deseado ser libre y leí las líneas pares de nuevo. Por un momento me había preocupado, la idea de que ella misma lo hubiera despachado era casi peor que un amor frustrado por las circunstancias. El mensaje ahora era mucho más bonito. Deseé con todas mis fuerzas que hubieran logrado escapar juntos y formar una familia.

Capítulo 8

Por más que busqué no encontré respuesta por parte de él. Lo único que quedaba era un pequeño diario rosado. Volví sobre mis pasos para revisar por si se me había pasado algo por alto, pero no había más.

Sin saber muy bien qué me encontraría abrí aquel pequeño cuaderno, escrito con una caligrafía descuidado y con la tinta corrida en muchos puntos. Lo leí con el corazón encogido y suspiré cuando las primeras palabras impregnaron mi mente.

28 de diciembre 1852,

Si supiera por qué escribo esto... Lo cierto es que al menos me queda la posibilidad de que tu espíritu esté a mi lado leyendo estas palabras. Extraño tu presencia, tus conversaciones y la alegría de la que impregnabas mi vida. Al final también me dejaste lo único realmente hermoso que poseo.

Ahora tengo entre mis manos tus cartas, sé que no volveré a verte... Cuando mi padre me contó que te habían golpeado hasta la muerte descubrí que mi corazón no podría soportarlo. Caí redonda allí misma y tardé varias horas en reaccionar. Nunca creí posible que el dolor fuera capaz de postrar a una persona, pero mi mundo ha perdido el color.

Nos descubrieron, descubrieron mis escapadas y tus atenciones. Pude ver el odio y la vergüenza en la cara de mi padre antes de que me abofeteara sin piedad, si creía que mi esposo sería diferente ahora puedo confirmar que las heridas y marcas tardarán días en irse. Lo único que no descubrieron lo guardaré siempre con mimo, aunque jamás pueda decirle que es fruto del amor de verdad.

Jamás creí que lo único que había hecho en mi vida, contra todo lo que me habían enseñado, sería ahora mi motivo para seguir respirando. Crecerá con cariño y riquezas, y sin embargo sé que le faltará lo más importante.

Nunca pude decírtelo en vida, quizás por cobardía o miedo a no poder repetirlo, pero te amo.

Mi padre dice ahora que soy una deshonra, aunque han tapado todo el

asunto con maestría y logré engañar a mi esposo mostrándome pura ante sus caricias. Él se durmió satisfecho y yo me sentí a salvo. Supe días antes de que consumásemos que jamás volvería a estar sola.

Por un segundo quise morir, unirte a ti en la eternidad y dejarlos a todos en sus fiestas perfectas y sus estúpidas normas. Ahora siento que la fuerza crece en mí y aunque aún no se nota espero que saber que una parte de ti sigue viva me dé la fuerza necesaria para afrontar la vida con alegría.

Lucharé cada día porque su vida sea diferente, haré lo necesario para que el fruto de nuestro amor alcance la felicidad plena, como el pájaro que ondeaba sobre las nubes buscando sin miedo por el mundo entero.

Quizás nunca pueda descubrir cómo sería despertarme entre tus brazos y sé que siempre añoraré la única vez que nuestras pieles se rozaron. Sentí que la tierra se abría bajo mis pies y el mundo desaparecía. Nunca sentí algo parecido, una emoción tan intensa que incluso ahora puedo saborear si me concentro. Ahora puedo decir que no siempre es así, la sensación puede volverse sucia, dolorosa, cuando no es por amor, sin embargo, es algo que estoy más que dispuesta a soportar.

Espero que no me juzgues por mis palabras tan crudas. Quizás me he cansado de esconderme o tal vez, tras dos días de golpes y llanto, no me queden fuerzas para ser una dama.

No sufras por mí, no ahora que sabe que llevo a alguien en mis entrañas. Ha prometido no volver a tocarme, aunque no puedo estar segura de que vaya a cumplirlo ya no tengo miedo. Saber que diste la vida por mí, hace que sea capaz de enfrentarme a todo por sobrevivir y por nuestro hijo.

Mi padre me dijo que le comentaste que jamás podrían separarnos, que volarías a mi lado. Juraría que puedo sentir tus dedos rozando mi hombro, tu boca besando mi vientre con ternura. Cerraré los ojos cada noche y volveré a tus brazos porque ahora sé que en ese momento toqué el cielo.

Tú serás siempre mi pajarito aventurero.

Brianne.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la manga y aspiré con fuerza. Me temblaba el mundo y supe que debería parar. Quizás era el momento adecuado para dejar las pocas páginas que quedaban para otro momento.

Capítulo 9

No pude hacerlo. ¿Qué podría pasar por tres páginas más? Me toqué el pecho pidiéndole a mi corazón que resistiera, en cuanto terminase me tomaría unos días de reposo antes de ponerme a dar órdenes a diestro y siniestro.

7 de enero de 1856

He tardado mucho en escribirte, aunque no te he olvidado en ningún momento. Has estado con Niccole y conmigo cada día. Tiene tus ojos verdes y esa rebeldía que una vez me enamoró. Ella quiere comerse el mundo y según mi marido la malcrió demasiado, haciendo que no sepa ubicarse donde le corresponde. Mi respuesta siempre fue y será la misma, antes lo mato que dejar que la ponga en su lugar, como él dice.

No sabría decirte el motivo por el que hoy sentí la necesidad de volver a escribirte, quizás porque es la primera vez que al recordarte no lloro desconsolada. No quiero que pienses que no sufro, he pasado muchos días soñado con cómo podía haber sido, sin embargo, he logrado encontrar cierta tranquilidad e incluso ser feliz. Niccole es perfecta, juraría que es por el amor que nos teníamos cuando la hicimos, desprende luz y es incapaz de evitarlo.

Ayer he decidido deshacerme de mi marido. Lamento mucho el cambio de tema o que creas que he enloquecido, quizás mi alma esté negra, pero oírlo hablar de la posible boda de Niccole, que aún es una niña, para lograr enriquecerse más me ha cegado. Si realmente quiero que nuestra hija sea libre debo hacerlo y cuánto antes mejor.

Una vez te dije que sería capaz de cualquier cosa por ella, tal vez en el fondo siempre he deseado hacerlo, lo deseé desde el mismo instante que supe que fue él el que te arrebató la vida, alejándote por siempre de mi lado.

Debería sentirme mal, sin embargo, me parece el acto más justo que cometeré jamás. Si lo averiguan nos veremos pronto, sino no volveremos a hablar.

Te amaré siempre...

Brianne.

Sentí una tos a mi espalda y me giré nerviosa para darme de bruces con mi marido. Estaba empapado y me miraba preocupado. No me di cuenta hasta ese momento de que estaba llorando, las lágrimas corrían sin control por mi cara y, sin embargo, sentí que podía respirar.

- ¿Estás bien? – Dijo él corriendo hacia mí y atrapándome en un abrazo preocupado. Dejé que mi cabeza descansase sobre su pecho y aplaqué las lágrimas que seguían pugnando por salir. Tardé varios segundos en lograr contestarle.

- Mejor que nunca. ¿Quieres saber por qué hemos comprado este lugar realmente? – Dije abriendo una carpeta que supe que él no había visto hasta ese momento.

- Claro.

- Porque perteneció a mi familia en otra época. Hace muchos años mi madre me contaba historias de una mujer valiente, una mujer que se enfrentó a todos y llegó a matar por amor. Dijo que aquellas historias habían pasado de madres a hijos como un secreto y pronto se convirtieron en leyendas, cuentos para niños, pero siempre yo supe que tenían que ser verdad.

- Quizás deberías... - Él trató de callarme, pero negué sonriente y lo abracé satisfecha.

- He tardado mucho en encontrarla, pero fue real. Ellos fueron reales y eso es lo que importa. Se amaron mucho. – Mi marido asintió y me besó la frente. Yo cerré los ojos más cansada de lo que quería reconocer. – Me habría gustado haber tenido hijos. – Me sinceré cansada y triste.

- Sara y Terry nos quieren como si fuéramos sus padres. – Dijo él tratando de aplacarme.

- Lo sé. – Dije sin ahondar en la herida. Mis sobrinos serían los herederos una vez terminase de devolver la luz a aquel lugar. Esperaba que supieran ver la belleza que podrían albergar todavía aquellos muros.